

Prostitución y negación – El mito de la prostituta feliz

Por Rebeca Mott, escritora británica, superviviente de la prostitución*

Puedes encontrar más escritos en inglés en su blog <http://rmott62.wordpress.com/>

Creo que resulta fácil ver tan solo a la prostituta feliz (la “*happy hooker*”), y rehusar saber por qué su discurso sirve de fachada a la industria del sexo.

Demasiadas personas, ajenas al mundo de la prostitución, dan por sentado que cuanto dice debe ser verdad. Dejarme responder que, en mi opinión, semejante aseveración equivale a una negación de las realidades del comercio sexual.

He escrito en diversas ocasiones acerca de las razones por las cuales la mayoría de las mujeres integradas en el comercio sexual no pueden resignarse a la realidad de carecer de cualquier poder, de saber que los prostituidores y los explotadores las consideran como menos que nada y, por ello, viven bajo la amenaza constante de que acaben por deshacerse de ellas.

Quien pretenda sobrevivir a semejante realidad deberá refugiarse en la negación.

Me parece natural y perfectamente comprensible que la mayoría de las mujeres integradas en el comercio del sexo proclamen que son felices, que gozan de poder, que han escogido estar donde están – y que nadie debería juzgarlas por ello.

Se trata de una reacción natural a la vida en un infierno sin salida, una tentativa de adaptarse a ella y una manera de pensar que, a fin de cuentas, todo lo que nos ocurre es por culpa nuestra.

Es imposible describir hasta qué punto el comercio sexual nos desintegra y nos reduce al estado de un simple objeto sexual, sabiendo que ese proceso puede matarnos y termina por hacerlo.

Lo cierto es que la conciencia de esta realidad conduce al suicidio, torna a la mujer prostituida demasiado vulnerable y la expone a los actos de violencia de prostituidores y proxenetas. Resulta mucho más seguro atrincherarse en la negación, cuando no existe escapatoria.

Pero lo que me enfurece no es el discurso de esas mujeres, sino el hecho de que personas ajenas a ese medio decidan escuchar y creer que el comercio del sexo es algo aceptable... por la simple razón de que algunas mujeres inmersas en él digan que las cosas les van bien.

Mucha gente que prefiere pensar que el comercio sexual es algo bueno puesto que hay mujeres que así lo dicen, no se guía por el mismo criterio cuando se trata de otra clase de violencia contra las mujeres.

En situaciones de maltrato de menores – y, en particular, en los casos de incesto – podemos escuchar con frecuencia a la niña declarar hasta qué punto “ama” a su violador. Sin embargo... ¿quién se atrevería a afirmar: “Bueno, si es así, dejémosla con

su agresor. Después de todo, se trata de una relación amorosa, puesto que la misma criatura nos lo está diciendo.”?

Lo mismo ocurre por cuanto se refiere a la violencia conyugal o la mayoría de las violaciones cometidas por parientes. Muchas mujeres inmersas en tales situaciones dicen amar a su agresor, muchas le perdonan, muchas se culpan a si mismas por la violencia que han sufrido.

Esas actitudes son reconocidas como una reacción natural ante la violencia masculina, pero no las percibimos como la verdad.

Existen casas de acogida, líneas telefónicas de asistencia a las víctimas de violaciones; hay programas de apoyo en caso de agresión sexual, maltrato infantil o violencia de pareja. Desde luego, nunca habrá la suficiente. Pero, cuando menos, entre la mayoría de las feministas existe la convicción de que la violación, el maltrato o la violencia de género tienen su origen en una violencia masculina estructural, y no se deben a defectos individuales de cada mujer.

Esa convicción es rara cuando se trata de mujeres prostituidas: no podemos contar ni siquiera con las feministas para evitar que se pretenda que, puesto que nosotras mismas escogimos entrar en el comercio del sexo, no tenemos ninguna razón para andar lloriqueando ahora.

Demasiadas pretendidas feministas desconocen la estructura de ese comercio: no ven más allá de las debilidades o la fuerza individual de la mujer prostituida.

No quieren ver la destrucción cotidiana de las mujeres procedentes de distintos estratos sociales, de todas las culturas, de las más variadas costumbres – mujeres que hay que quebrar en lo más íntimo hasta que estén lo bastante muertas para servir como bienes de consumo.

No ven las maneras cínicas con que se lleva a cabo esa labor de destrucción.

Ese trabajo consiste en apartar a las mujeres de cualquier influencia que pudiese alertarlas de que el comercio sexual, lejos de favorecerlas en modo alguno, se fundamenta en la violencia y la deshumanización.

Es un lavado de cerebro constante para convencer a la mujer de que, si no le gusta o le parece repulsivo un determinado acto sexual o físico, acabará por acostumbrarse, porque forma parte de su propia naturaleza.

Con frecuencia podemos ver o escuchar propaganda destinada a sembrar confusión – como el hecho de presentar la prostitución como un servicio sagrado, a través del cual se rendía homenaje en otros tiempos a las prostitutas convirtiéndolas en sacerdotisas, o como un simple “don” que permite hacer felices a los hombres. ¡Si esta gente pudiera, acabaría convirtiendo la prostitución en una religión de Estado!

También se difunden mentiras acerca de los hombres que utilizan a la mujer prostituida; argumentos que inciden en la culpabilidad de la mujer, si pretende apartarse de esa vida. Le dicen que los hombres están tristes y se sienten solos; que son poco agraciados para

poder encontrar una “verdadera” pareja, o que es bueno para el hombre obtener el sexo que desea y que su pareja rehúsa proporcionarle... A la mujer prostituida se le repiten incansablemente dos mentiras contradictorias y peligrosas: que tiene el deber de impedir que las “auténticas mujeres” sean violadas, y que es mejor que una amante, puesto que el hombre puede, gracias a sus servicios, obtener sexo sin más... y luego volver tranquilamente a su dulce hogar. En el fondo, no sería más que una especie de asistenta social...

Los proxenetes manipulan a la mujer fingiendo constantemente que se preocupan por su bienestar. Pero de vez en cuando la dejan – siempre “accidentalmente” - a solas con uno o varios prostituidores sádicos, y le dicen a continuación que lo lamentan. Esa secuencia se repite una y otra vez, una y otra vez, hasta que la mujer queda rota.

A partir de ese entorno se fabrica la « prostituta feliz » - y vosotros observáis a esa mujer rota y decís que aparenta encontrarse en buen estado; entonces, es que las cosas le van bien.

Aceptáis eso porque preferís ignorar las condiciones que destruyen a las mujeres prostituidas.

Les dais la espalda – y, luego, seguís consumiendo vuestra pornografía, frecuentando los clubes de contactos y pensando que las despedidas de soltero deben incluir una sesión de strip-tease o una visita al burdel; os parece aceptable el turismo sexual y encontráis normal recurrir a Internet para procuraros una prostituta cuando estáis aburridos.

Os decís que ella seguramente es feliz así – y que todo va bien.

No os preocupáis por el hecho de destruir su esencia, de reducirla a una categoría inferior a la de un ser humano. No tengo por qué andarme con miramientos ante vuestra negación de la realidad, porque sé que estáis participando en el genocidio de las personas prostituidas.

Traducción de Dones d’Enllaç del artículo de Rebeca Mott “[Prostitution et déni – Le mythe de la prostituée heureuse](#)” publicado en la página web Sisyphé el 2 de agosto de 2011.

* “Me he prostituido entre los 14 y los 27 años y, la gran parte del tiempo, los hombres que me compraban me infligían relaciones sexuales muy sádicas. Me acostumbré a las violaciones colectivas, al sexo oral y anal violento, al hecho de deber realizar escenas de porno duro – esto fue mi existencia. Estuve a punto de ser asesinada varias veces, e hice varias tentativas de suicidio, pero he sobrevivido. Cuando conseguí dejar este medio, borré durante diez años la mayoría de mis experiencias. Fue después de haber superado los recuerdos de la violencia de mi padrastro que pude encontrar el espacio mental para acordarme. Acordarme de la prostitución es terrible, y padezco un grave síndrome de stress post-traumático (SSPT). He creado mi blog para explorar mi SSPT a título de sobreviviente de la prostitución, para reclamar la abolición del comercio del sexo y para explicar las condiciones terribles de la prostitución vividas en el interior. Intento escribir prosa poética, pero creo que mi trabajo es de naturaleza política”.